

La Campaña

dosier
núm. 2

25 de Marzo de 1996

semanario de información y pensamiento anarquista

Edita Escuela Errico Malatesta. Sindicato Unico de Trabajadores "Solidaridad Obrera". Pontevedra



LA INSURRECCIÓN
DE LA ARMADA

KRONSTADT, Marzo de 1921:
LA TERCERA REVOLUCIÓN

AQUÉL 2 DE MARZO DE 1921

La insurrección de los marineros de Kronstadt

En 1921 Kronstadt, la pequeña ciudad naval construida por el zar Pedro el Grande, situada sobre la isla de Ktlin en el Golfo de Finlandia, a unos 30 Kms de San Petersburgo, albergaba la flota del Báltico, guardiana del frente atlántico ruso. En las pintorescas calles de la ciudadela vivían unas 50.000 personas, de las cuales aproximadamente la mitad eran oficiales o tripulantes de la flota. El resto, militares y soldados de la guarnición, comerciantes y unos cientos de obreros en las fábricas de montaje y reparación. De los marineros que vivían en Kronstadt se decía que abominaban de todo autoritarismo, particularmente de los gobiernos moscovitas y que esto había sido así desde la fundación de la base por el zar Pedro el Grande, en el siglo XVIII.

Los marineros de la flota allí asentada protagonizarán uno de los acontecimientos más dramáticos de la revolución rusa: la insurrección de Kronstadt contra el poder soviético, contra la dictadura unipartidaria impuesta por la facción bolchevique de los socialistas rusos. No fue la sublevación de nostálgicos del brutal régimen anterior. Los marineros de la flota del mar Báltico no eran zaristas, ni mucho menos. Al contrario, eran uno de los núcleos más activos en la revolución obrera y anticapitalista de toda Rusia. Aquél 2 de marzo de 1921 se sublevaron en contra de lo que calificaban como traición a la clase obrera. Se alzaron contra el «ultraje de los comisarios que usurpaban el esfuerzo del pueblo» para intentar una tercera revolución que, de una vez, alcanzara la igualdad social y la libertad por la que tanto habían luchado y sufrido.

En la idea de los marineros sublevados, habían hecho ya dos revoluciones impulsados por la idea de instaurar un socialismo verdadero, de hombres iguales y libres, organizados en asambleas y soviets. Ahora tendrían que hacer la tercera, que pondría fin a la perversión de la Segunda y al fracaso de la Primera... Sería el último y definitivo esfuerzo.

Los antecedentes: 1905 Y 1906

La primera gran insurrección en la que había participado la marina del Báltico había sido la gran revolución de 1905, ahogada en sangre por las tropas zaristas, pero que había clavado en el corazón del pueblo ruso la esperanza de la libertad. Por supuesto, antes se habían levantado muchas veces contra injusticias y autoritarismos intolerables, pero hasta 1905 no habían soñado con un cambio social profundo que trastocara las relaciones de producción y jerarquía, que pusiera fin a la autocracia del Zar. Habían organizado y participado en re-

vueltas, algaradas y motines, pero siempre con objetivos concretos e inmediatos -bajos salarios, mala alimentación, disciplina rigurosísima, etc- que, una vez conseguido paliarlos momentáneamente, permitían la vuelta a la injusticia social anterior, cada cual a su permanente sitio. Los marineros de Kronstadt eran de «estirpe rebelde», como se decía entonces.

Aún en 1906, los marineros de Kronstadt protagonizaron un nuevo amotinamiento. La represión fue feroz: 36 dirigentes fueron ejecutados directamente y cientos de marineros encarcelados y enviados a Siberia, de donde casi ninguno retornaría vivo.

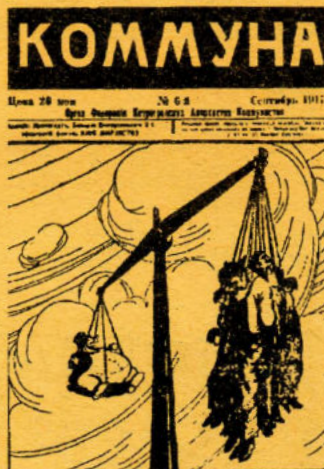
Las dos primeras revoluciones

Durante las dos primeras revoluciones -la que en febrero de 1917 expulsó a los zares de Rusia y la que 8 meses más tarde, en Octubre de 1917, tras la toma del Palacio de Invierno, derrocó a la burocracia burguesa de la Asamblea Constituyente-, Kronstadt, una vez más, fue un foco impulsor de la revolución. En aquel momento eran, en palabras de Trotsky (que en pocos años ordenaría la matanza), «el orgullo y la gloria de la revolución». La población estableció una comuna revolucionaria, el Soviet Independiente de Kronstadt, bajo el modelo de la Comuna de París proclamada 50 años antes.

Ya en mayo de 1917, este Soviet -dirigido por bolcheviques, anarquistas, socialistas revolucionarios de extrema izquierda y radicales no afiliados de tendencia anarcopopulista- se negó a obedecer al gobierno, arrogándose todo el poder de la ciudad. Como había ocurrido en 1905 y 1906, las asambleas generales se celebraban en la Plaza principal de la ciudad, la Plaza del Ancla. Desde estas asambleas, el Foro del Ancla,

se organizaba la vida total de la ciudad, siguiendo la consigna revolucionaria del momento: ¡Todo el poder a los Soviets! A través de comités locales se administraba el funcionamiento de la ciudadela. Como ejemplo de esta actitud «los hombres y mujeres que trabajaban en el mismo taller o vivían en la misma vecindad formaban pequeñas comunas agrícolas, cada una alrededor de 50 miembros, que emprendieron el cultivo de toda la tierra arable que pudieron encontrar en la isla».

En Octubre de 1917 los marineros se apoderaron de las embarcacio-



nes y se lanzaron hacia San Petersburgo para ayudar a los Guardias Rojos de la ciudad en el asalto al Palacio de Invierno. Aquél fue el fin del zarismo y la burguesía rusa y la culminación de la Revolución de Octubre, que llevó a Lenin al poder.

La perversión de la victoria

Tras la Revolución de Octubre, la Guerra Civil se extiende por grandes regiones de Rusia y se hace más despiadada. Los generales *blancos*, apoyados por las potencias occidentales, principalmente Francia, intentan restaurar la monarquía. Los marineros de Kronstadt acudieron enseguida en ayuda de la revolución, incluso del gobierno bolchevique. En palabras de Paul Avrich: *más de 40.000 marineros de la flota se lanzaron a la lucha contra los Blancos. Conocidos por su coraje y ferocidad en el combate, sirvieron como dotación en flotillas fluviales y trenes blindados y contribuyeron a completar las filas del Ejército Rojo en todos los frentes. En la batalla crítica de Sviiashsk -«el Valmi de la Revolución rusa»-, proporcionaron a Trotsky sus más enardecidas tropas de choque, y lo ayudaron a rechazar una gran fuerza enemiga que amenazaba con penetrar en el corazón del territorio bolchevique.*

Pero las cosas empezaban a funcionar mal. El entusiasmo de los marineros comenzó a enfriarse el mismo día en que Lenin, inmediatamente después del golpe de estado de Octubre, formó un gobierno monocolor bolchevique. El Soviet de Kronstadt exigió un gobierno de coalición, que evitara la tentación dictatorial. Lenin ignoró la protesta. En aquél momento los marineros ya intuyeron que los bolcheviques buscaban la concentración de la autoridad en sus solas manos, traicionando los ideales de democracia directa de la revolución.

En 1918 la tensión entre las gentes de Kronstadt y el gobierno comunista era cada vez mayor. Para la flota la revolución estaba siendo traicionada por Lenin, Trotsky (sobre todo Trotsky) y los bolcheviques, que interpretaban el lema revolucionario del momento «Todo el poder para los soviets» (organizaciones asamblearias de base, de obreros, campesinos y soldados) en el sentido «Todo el poder para el partido comunista e implantación de la dictadura del proletariado». Como señalarán los escritos de los marineros alzados «el trabajador se transformó de esclavo del capitalista en esclavo de las empresas estatales», mientras que los sindicatos se convertían en entes burocratizados en los que la autodeterminación de los trabajadores brillaba por su ausencia. De hecho, el pueblo se veía de nuevo en la servidumbre y se le sometía, no ya en nombre de Dios o de la Monarquía o del Dinero, sino en nombre de él mismo. Se pretendía que el dictador y la víctima de la dictadura eran uno y él mismo.

La ruptura, 1918

A estas críticas, responde el gobierno de Lenin con la destitución, en marzo de 1918, del comité cen-

LOS ENEMIGOS DE KRONSTADT

El verdadero carácter de la insurrección de Kronstadt, su carácter revolucionario de impulso hacia adelante, en abierto desafío a quienes intentaban desvirtuar el ideal de transformación social y a quienes, desde las filas de la nostalgia zarista, quisieran ver en los marineros insurgentes compañeros de viaje en una hipotética nueva guerra Civil; ese auténtico carácter, decimos, se trasluce en el editorial del diario rebelde del día 6 de marzo:

Vosotros, camaradas, estáis celebrando ahora una gran victoria incruenta sobre la dictadura comunista, pero vuestros enemigos la celebran con vosotros. Sin embargo, los motivos de vuestra alegría y de la de ellos son completamente opuestos. Mientras vosotros estáis inspirados por el ardiente deseo de restaurar el poder real de los soviets y por la noble esperanza de dar al trabajador trabajo libre y al campesino el derecho de disponer de su tierra y de los productos de su trabajo, ellos están inspirados por la esperanza de restablecer el látigo zarista y los privilegios de los generales. Vuestros intereses son diferentes y, por lo tanto, ellos no son compañeros vuestros. Vosotros deseabais el derrocamiento del dominio comunista para lograr la reconstrucción pacífica del trabajo creador. Ellos lo deseaban para lograr la esclavitud de los obreros y campesinos. Vosotros estáis buscando la libertad; ellos desean aherrojaros de nuevo. Vigilad atentamente. No dejéis que los lobos con piel de cordero se acerquen al puente de mando.

tral del Soviet elegido por la flota, transfiriendo sus poderes y funciones a un consejo de comisarios designados por el partido bolchevique.

Cada vez era mayor el número de marineros descontentos con el nuevo gobierno de Rusia, sobre todo a raíz de la firma del Tratado de Brest-Litovsk que significó la entrega al imperialismo alemán de una parte del territorio de Rusia, en especial Ucrania, de donde eran originarios muchos marineros. Pronto los anarquistas -el ejército de Makno-, socialistas revolucionarios y comunistas de izquierda organizaron la guerrilla contra los alemanes en esos territorios, pero a consecuencia de ello también tuvieron que guerrear contra los bolcheviques rusos.



En este ambiente, durante el mes de abril se sucedieron las asambleas en los buques y se acordó redactar una resolución en la que se acusaba al gobierno de rendirse a los alemanes (entregándoles la gran región del Oeste y Suroeste de Rusia) y planear la liquidación de la flota atlántica. Terminaba la resolución con un llamamiento a la sublevación general «para desalojar a los bolcheviques e instalar un nuevo régimen que se adhiriera con mayor fidelidad a los principios de la revolución». Aunque la sublevación no se produjo, el malestar iba creciendo. En Octubre, una nueva asamblea acordó hacer un llamamiento contra los alemanes que habían ocupado Ucrania, desobedeciendo abiertamente las órdenes de claudicación del gobierno leninista. Así se forjó el primer motín, anuncio de la futura rebelión. Es en ese momento que aparecen los primeros escritos exigiendo el cese de la represión sobre los anarquistas y socialistas de oposición, así como elecciones libres en el Soviet de Kronstadt.

El desaliento, 1920

En el otoño de 1920 Rusia parece ir despejando, poco a poco, su desgarramiento civil. A mediados de octubre el gobierno de Lenin firma un armisticio con Polonia. En noviembre, el último de los generales zaristas huye del país, dándose por terminada la Guerra Civil. En Ucrania, aún continuaba la lucha el anarquista Néstor Makno, pero su ejército guerrillero, enfrentado a alemanes, generales blancos, nacionalistas ultraderechistas ucranianos y bolcheviques, era cada vez más débil. Se habían recuperado para Rusia toda Siberia, gran parte de Ucrania y el Cáucaso. Las relaciones internacionales se fortalecen y el gobierno ruso llega a acuerdos con todos los países vecinos, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Afganistán, Irán, pero también y sobre todo tratados comerciales con Inglaterra e Italia.

Todo parecía arreglarse y sin embargo la población padeció uno de los más terribles inviernos. El hambre y las enfermedades se generalizaron y las primeras revueltas, de pura sobrevivencia, no tardaron en aparecer. La frontera entre el estallido social y el banditaje era cada vez más tenue. El grito desesperado de los hambrientos reclamaba ante los oídos sordos de las autoridades soviéticas el fin del «comunismo de guerra», con sus secuelas de autoritarismo y expolio de los campesinos, a los que se le arrebató la cosecha a punta de fusil, sin dejarles en muchas ocasiones ni lo necesario para sobrevivir. La hambruna en el campo no era menor que en las ciudades y las protestas contra el requisamiento forzoso adoptaban cada vez mayor violencia.

En febrero de 1921, en vísperas de la insurrección de Kronstadt, estallaron 118 levantamientos campesinos en todo el país. Todos ellos tenían consignas comunes: ¡Abajo la requisación! ¡No entregar los excedentes!. Pero no solo el campo sufría, también las ciudades y en 1920 se abrió el abismo entre la clase obrera y el régimen comunista.

Terrible otoño/invierno de la ciudad de Pedro, 1920/21

No todo el descontento provenía del deterioro económico y las escasas raciones de alimento y combustible que llegaban a la población. La queja fundamental de los obreros, aún siendo el hambre y el frío muchos, se dirigía directamente contra la política, definida y aplicada con inaudita severidad por Trotsky, de Reglamentación del Trabajo bajo el sistema de Disciplina Militar.

Trotsky trasladó el modelo organizativo que tan buen resultado le diera para levantar en poco tiempo el Ejército Rojo, a la producción de las fábricas. Trotsky creyó que con una disciplina férrea, castigos ejemplares y brutalidad militaristas, la producción mejoraría, como había mejorado la eficacia militar de los oficiales y soldados.

En esa carrera de autoritarismo por la que los comunistas se deslizaban con tanta facilidad, la gota que desbordó el vaso fue el uso de soldados para trabajar en las fábricas, cada vez más abandonadas por sus obreros, que huían hacia el campo para buscar comida y huir de la esclavitud.

La Guerra Civil había terminado, por lo que era necesario licenciar a más de dos millones de soldados, que volverían a sus casas. El gobierno decidió que, en vez de licenciarlos, podía utilizarlos como «ejército de trabajo». En esas condiciones la disciplina laboral se hacía insoportable, tanto para los soldados condenados ahora a un régimen de esclavitud mal disimulado con retórica revolucionaria, como para los obreros que se habían alzado con éxito contra una servidumbre que no era mucho peor que la que ahora se les quería imponer. Por otro lado, con el ánimo de impedir toda manifestación organizada de repulsa, el gobierno decretó la absoluta subordinación de los sindicatos al Estado, quien «debía ser el único dotado de autoridad para designar y despedir a los funcionarios sindicales».

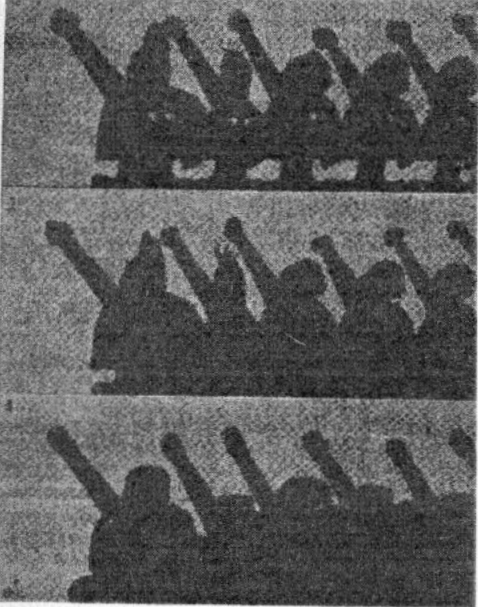
A las puertas de Kronstadt, 1921

En ese ambiente pronto comenzaron a ser escuchadas las voces de quienes acusaban a los bolcheviques de traicionar los ideales de la revolu-



Delegados del Congreso de los Soviets





ción. Para Alexander Berkman, el compañero de Emma Goldmann, conocido anarquista que había apoyado el régimen soviético durante la Guerra Civil «se había abjurado de los eslóganes de 1917 y pisoteado las más entrañables esperanzas del pueblo». El sistema de los soviets había dejado de funcionar, no siendo como mera fachada de una dictadura unipartidaria.

Los disturbios comenzaron en Moscú. A mediados de febrero se celebraron asambleas en las fábricas y los obreros exigieron la inmediata derogación del comunismo de guerra y la recuperación

del «trabajo libre», incluso la recuperación de los derechos políticos y las libertades civiles. En pocos días el gobierno «restableció el orden» con la intervención de las tropas regulares y los cadetes de la escuela militar.

A Moscú siguió San Petersburgo, cuyos trabajadores sufrían todavía más que los moscovitas. Los ciudadanos protestaron contra el sistema no equitativo de racionamiento. La tensión creció cuando se conoció la noticia de que los miembros del partido comunista recibían zapatos y vestidos nuevos, que se les negaban a los obreros. Una oleada de huelgas sacudió la ciudad y pronto las noticias llegaron a las puertas de Kronstadt. Entre rumores y verdades, los marineros supieron que las tropas habían hecho fuego contra los huelguistas y que varios líderes de la huelga habían sido encarcelados y asesinados. Ese mismo día, 26 de febrero, las tripulaciones de dos barcos, el Petropavlovsk y el Sebastopol, convocaron una asamblea y decidieron enviar una delegación a San Petersburgo para entrevistarse con los obreros y autoridades.

Cuando la delegación llegó a la ciudad el espectáculo que observó no pudo ser más elocuente. Las calles vacías. La mayor parte de las fábricas sin trabajar. En algunas unos pocos obreros realizaban su faena, pero se callaban en cuanto asomaba la delegación de marineros. La conclusión fue tajante, las fábricas no eran sino prisiones de trabajos forzados de la época zarista. El día 28, la delegación regresó a Kronstadt y describió lo que había visto, en una asamblea a bordo del Petropavlovsk. Allí comenzó la Insurrección de Kronstadt, la Tercera Revolución.

La Tercera revolución

El eco de la resolución asamblearia de Kronstadt, solidarizándose con los obreros y cam-

POR QUÉ ESTAMOS LUCHANDO

Editorial del periódico de los insurgentes de Kronstadt del 8 de marzo de 1921.

Después de realizar la Revolución de Octubre la clase trabajadora había esperado lograr su emancipación. Pero el resultado fue un esclavizamiento aún mayor de la personalidad humana. El poder de la policía y de la monarquía gendarme pasó a manos de los usurpadores comunistas, que en lugar de dar libertad al pueblo le infundieron el constante temor de caer en las cámaras de tortura de la Cheka, que excedieron de lejos sus horrores a la administración gendarme del régimen zarista. Las bayonetas, las balas y las torvas órdenes de los *opríchniki* de la Cheka es lo que obtuvieron los trabajadores de Rusia soviética luego de mucha lucha y sufrimiento. El glorioso emblema del Estado de los trabajadores -la hoz y el martillo- ha sido reemplazado de hecho por la bayoneta y la reja carcelaria por las autoridades comunistas, con el fin de mantener la tranquilidad y despreocupada vida de la nueva burocracia de comisarios y funcionarios comunistas.

Pero lo más infame y criminal de todo es la servidumbre moral que inauguraron los comunistas: pusieron también sus manos en el mundo íntimo de los trabajadores forzándolos a pensar a la manera comunista. Con ayuda de los sindicatos burocratizados ligaron a los obreros a sus bancos de trabajo, de modo que la tarea se transformó no en un motivo de alegría, sino en una nueva forma de esclavitud. A las protestas de los campesinos, expresadas en levantamientos espontáneos, y a las de los obreros, cuyas condiciones de vida los impulsaron a la huelga, respondieron con ejecuciones masivas y derramamiento de sangre, en las cuales no los sobrepasaron ni siquiera los generales zaristas. La Rusia de los trabajadores, que fue la primera en alzar la bandera roja de la emancipación del trabajo, está empapada en la sangre de los martirizados por la gloria de la dominación comunista. En este mar de sangre los comunistas están ahogando todas las grandes y brillantes promesas y consignas de la revolución de los trabajadores. El cuadro ha adquirido perfiles cada vez más netos y ahora está claro que el partido comunista ruso no es el defensor de los trabajadores como pretende ser. Los intereses del pueblo trabajador le son ajenos. Obtenido el poder, sólo teme perderlo y, por lo tanto, estima aceptables todos los medios: la calumnia, la violencia, el engaño, el asesinato, la venganza sobre las familias de los rebeldes.

La larga y sufrida paciencia de los trabajadores está llegando a su término. Aquí y allá la tierra se va iluminando con los fuegos de la insurrección, en una lucha contra la opresión y la violencia. Han comenzado las huelgas obreras, pero los agentes de la *okhrana* blochevique no están dormidos y han tomado todas las medidas para prevenir y reprimir la inevitable tercera revolución. Pero sin embargo ésta ha llegado y la están realizando las manos de los trabajadores mismos. Los generales del comunismo ven claramente que

[continúa en la pág. 6]



El dibujante Erl, del semanario suizo Nebelspalter, muestra el contraluz de los gerifaltes del Kremlin

[viene de la pág. 5]

es el pueblo el que se ha levantado, convencido de que se han traicionado las ideas del socialismo. Sin embargo, como tiemblan por su piel y se dan cuenta de que no escapan de la cólera de los trabajadores, tratan aún, con ayuda de sus *oprichniki*, de aterrorizar a los rebeldes amenazándoles con la prisión, los pelotones de fusilamiento y otras atrocidades. Pero la vida bajo el yugo de la dictadura comunista se ha vuelto más terrible que la muerte.

El pueblo trabajador sublevado comprende que no hay un punto medio en la lucha contra los comunistas y la nueva servidumbre que éstos instauraron. Hay que ir hasta el fin. Los comunistas quieren aparecer como haciendo concesiones: en la provincia de Petrogrado fueron retirados los destacamentos camineros y se adjudicaron 10 millones de rublos oro para la adquisición de alimentos en el exterior. Pero no hay que engañarse, pues por detrás de este cebo se oculta la mano de hierro del señor, el dictador, que piensa recuperar cien veces sus concesiones cuando se restablezca la calma.

No, no puede haber ningún punto medio. ¡Victoria o muerte!. El ejemplo lo está dando Kronstadt Roja, amenaza para los contrarrevolucionarios de derecha e izquierda. Allí se ha dado el nuevo paso adelante en la revolución. Allí se alzó la bandera de la rebelión contra una violencia y opresión del dominio comunista que ya lleva tres años y que ha eclipsado al yugo de trescientos años del monarquismo. Allí en Kronstadt se ha puesto la primera piedra de la tercera revolución, rompiendo las últimas cadenas de las masas laboriosas y abriendo un nuevo y amplio camino para la creatividad socialista.

Esta nueva revolución levantará también a las masas trabajadoras del este y del oeste, pues servirá como ejemplo de la nueva construcción socialista, por oposición a la «creatividad» burocrática comunista. Las masas trabajadoras del exterior verán con sus propios ojos que todo lo creado hasta ahora aquí por la voluntad de los obreros y campesinos no era socialismo. Sin un solo tiro, sin derramar una sola gota de sangre, se ha dado el primer paso. Los trabajadores no necesitan sangre. Sólo la verterán en un momento de autodefensa. Pese a todos los actos ultrajantes de los comunistas, tenemos bastante moderación para limitarnos sólo a aislarlos de la vida pública, de modo que su agitación maliciosa y falsa no obstaculice nuestro trabajo revolucionario.

Los obreros y campesinos marchan sin cesar adelante, dejando tras de sí a la Asamblea Constituyente con su régimen burgués y a la dictadura del partido comunista con su Cheka y su capitalismo de Estado, cuyo lazo corredizo rodea el cuello de las masas trabajadoras y amenaza estrangularlas. La presente contingencia da por fin a los trabajadores la oportunidad de tener sus soviets libremente elegidos, que funcionen sin la más mínima presión partidaria, y de reconstruir sus sindicatos burocratizados transformándolos en asociaciones libres de obreros, campesinos e intelligentsia trabajadora. Se ha quebrado, finalmente, el garrote de vigilante de la autocracia comunista.

pesinos de todo el país, recorrió en un segundo toda la ciudadela. De los 15 puntos que incluía la propuesta, sólo uno se refería ellos mismos, la abolición de los departamentos políticos de la flota. Pero al tiempo que todos los ciudadanos de Kronstadt conocían el acuerdo de los marineros, también llegaba a oídos del gobierno comunista, que decidió la inmediata represión del movimiento, aún cuando, en principio, los insurgentes no reclamaban el derrocamiento del gobierno. De hecho, como dice Paul Avrich en su libro sobre Kronstadt: la resolución en su espíritu, implicaba una vuelta a Octubre del 17 y evocaba la vieja consigna leninista de «Todo el poder para los Soviets». Pero los bolcheviques lo veían bajo una luz diferente: al rechazar sus pretensiones de ser los únicos guardianes de la revolución, de representar con exclusividad a los obreros y campesinos, tal declaración no era más que un manifiesto contrarrevolucionario y había que tratarlo como tal.

Al día siguiente, 1 de marzo, se celebra una nueva asamblea masiva, de más de 15.000 personas, más de la cuarta parte de la población militar de la isla, en la Plaza del Ancla. Aunque al principio los representantes de los bolcheviques fueron recibidos amistosamente, el ambiente se caldeó cuando los delegados que habían ido a Petersburgo expusieron su informe y, sobre todo, cuando se leyó el acuerdo alcanzado el día anterior en el buque Petropavlovsk. Los delegados bolcheviques fueron expulsados, aunque antes de irse dejaron en el aire la amenaza de una inmediata represión. La Asamblea acordó apoyar la Resolución del Petropavlovsk, hacer nuevas elecciones para el Soviet de Kronstadt y el envío de una delegación de treinta hombres a Petrogrado.

Los delegados llegaron a la ciudad, pero fueron detenidos por los bolcheviques y nunca más se volvió a hablar de ellos, probablemente asesinados. Para preparar la elección del nuevo Soviet se formó una primera comisión integrada por 300 delegados, dos por cada buque, unidad militar, fábrica, sindicato, etc, elegidos al día siguiente, 2 de marzo. En el seno de esta comisión recién elegida aún había una importante minoría comunista bolchevique.

Ante las rumores de amenazas y represalias y la noticia de que un destacamento bolchevique armado se dirigía hacia la isla para abortar el movimiento, se nombró un Comité Revolucionario Provisional, que estableció su cuartel general en el barco Petropavlovsk. Lo primero que hizo el Comité fue disponer lo necesario para defender militarmente la isla ante la posibilidad de un ataque y comenzar la edición de un diario.

Preparativos para el asalto

Conforme a la tradicional doctrina, antes que el asalto militar intervino la propaganda. De la mano de Trostky, de la noche a la mañana, los antiguos «héroes de la revolución» fueron acusados de todo tipo de crímenes y tachados con cualquier adjetivo



que tuviera resonancias negativas. Los anarquistas pasaron a ser anarcobandidistas; los socialistas revolucionarios, zaristas disfrazados; los marineros, rufianes malhablados, tabernarios inclinados al juego y la bebida; la guarnición militar, reclutas ignorantes; la asamblea de Kronstadt, chusma de palurdos del mar; los rebeldes, indisciplinados groseros ..., y así sucesivamente.

SOCIALISMO ENTRE COMILLAS

Texto del periódico de los insurgentes de Kronstadt del 16 de marzo de 1921.

Al hacer la Revolución de Octubre los marineros y los soldados rojos, los obreros y los campesinos vertieron su sangre por el poder de los soviets, por la creación de una República de trabajadores. El partido comunista prestó estrecha atención a las actitudes de las masas. Al inscribir en su bandera seductoras consignas que agitaron a los trabajadores, logró atraerlos a su campo y les prometió conducirlos al brillante reino del Socialismo, que sólo los bolcheviques sabían cómo erigir.

Naturalmente una alegría sin límites se apoderó de obreros y campesinos. «Por fin la esclavitud que hemos soportado bajo el yugo de los terratenientes y los capitalistas se está transformando en una leyenda», pensaron. Parecía que hubiera llegado la época del trabajo libre en campos, fábricas y talleres, como si todo el poder hubiera pasado a manos de los trabajadores.

La habilidosa propaganda llevó a los hijos del pueblo a integrar las filas del partido, donde fueron aherrojados por una severa disciplina. Luego, cuando los comunistas se sintieron suficientemente fuertes, primero desalojaron del poder a los socialistas de otras tendencias; después apartaron a los obreros y campesinos mismos del timón de la barca del Estado, mientras continuaban gobernando el país en su nombre. Los comunistas sustituyeron ese poder que usurparon por el dominio arbitrario de los comisarios sobre el cuerpo y el alma de los ciudadanos de Rusia soviética. Contra toda razón y contra la voluntad de los trabajadores, comenzaron a construir tenazmente el socialismo de Estado, con esclavos en lugar de trabajadores libres.

Luego de desorganizar la producción bajo el sistema de «control por los obreros», los bolcheviques procedieron a nacionalizar las fábricas y talleres. Los trabajadores se transformaron de esclavos de los capitalistas en esclavos de las empresas estatales. Pronto esto no fue suficiente y entonces planearon introducir el método de trabajo acelerado al máximo: el sistema de Taylor. Todo el campesinado trabajador fue declarado enemigo del pueblo e identificado con los kulaks. Con gran energía los comunistas se dieron a la tarea de arruinar a los campesinos, ocupándose ellos mismos de crear granjas estatales -las estancias del nuevo terrateniente, el Estado-. Esto es lo que los campesinos han recibido del socialismo de los bolcheviques en lugar del libre uso de las tierras que acababan de conquistar. A cambio del ce-

[continúa en la pág. 8]

Leon Trotsky, el ejecutor de la represión, el carnicero de Kronstadt

Tras la propaganda, el gobierno decidió aislar Kronstadt y repentinamente atacó la base aérea de Oranienbaum, cercana a Petrogrado, cuyos soldados se habían solidarizado con la Resoluciones de los marineros y apoyado sus propuestas. En plena noche del 5 de marzo se asaltó la base y la tropa fue arrestada. Esa misma mañana se sacó y fusiló a 45 hombres, entre ellos todo el Comité Revolucionario recién formado.

Los encargados de la represión en Kronstadt serán Zinoviev y, sobre todo, Trotsky. Cruel ironía, el personaje que los marineros auparon y ayudaron en el difícil trance del asalto al Palacio de Invierno que le dio el poder, era el mismo que en pocos días ordenará la matanza. El 5 de marzo, Trotsky envía un ultimátum y exige la rendición automática de toda la población, bajo pena de muerte generalizada. La respuesta de los marineros fue, según recoge Deutscher, igual de fulminante: *«la novena ola (es decir, la ola culminante en una tormenta marina) de la Revolución de los Trabajadores se ha levantado y barrerá de la superficie de la Rusia Soviética a los viles calumniadores y tiranos con toda su corrupción - y no habrá necesidad, señor Trotsky, de tu clemencia»*. Ahora es Zinoviev el que contesta: «A menos que os rindáis, seréis acribillados como perdices», mientras Trotsky ordena la detención, como rehenes, de los familiares de los marineros de Kronstadt.

Antes del asalto los anarquistas Emma Goldman y Alexander Berkman, que se encontraban en Petersburgo, intentaron evitar la tragedia. Le propusieron a Zinoviev el nombramiento de una comisión que intercediera ante unos y otros. El llamado quedó sin respuesta.



[viene de la pág. 7]

real incautado y las vacas y caballos confiscados, recibieron incursiones de la Cheka y pelotones de fusilamiento. ¡Excelente sistema de intercambio en un Estado de trabajadores: plomo y bayonetas por pan!

La vida de los ciudadanos se volvió desesperadamente monótona y rutinaria. Uno vivía de acuerdo con las tablas cronológicas fijadas por la autoridad que correspondiera. En lugar del libre desarrollo de la personalidad individual y de una vía de trabajo libre, surgió una esclavitud extraordinaria y sin precedentes. Todo pensamiento independiente, toda crítica justa a los actos de los gobernantes criminales se transformaron en un delito castigado con la prisión y, a veces, incluso con la ejecución. En una «sociedad socialista» comenzó a florecer el castigo capital, esa profanación de la dignidad humana.

Tal es el brillante reino del socialismo al cual nos ha llevado la dictadura del partido comunista. Hemos obtenido el socialismo de Estado con soviets de funcionarios que votan obedientes de acuerdo con los dictados del comité del partido y sus infalibles comisarios. El lema «quien no trabaje no comerá» fue distorsionado por el nuevo orden «soviético» y transformado en «Todo para los comisarios». Para los obreros y campesinos y la intelligentsia trabajadora sólo queda el trabajo descolorido y sin descanso en un ambiente carcelario.

La situación se ha vuelto intolerable y Kronstadt Revolucionaria fue la primera en romper las cadenas y los barrotes de hierro de esta prisión. Está luchando por un tipo diferente de socialismo, por una República Soviética de trabajadores, en la cual el productor mismo será el único dueño y podrá disponer de sus productos como le parezca adecuado.

Comenzó el bombardeo de Kronstadt el 7 de marzo a las 6.45 de la mañana y después, a la mañana siguiente, un intento de asalto fracasado. Con aquél bombardeo se desvanecieron las ilusiones de los marineros en el sentido de una revuelta pacífica que forzara a los más intransigentes bolcheviques a una negociación y compromiso, sobre la base de poner fin a la dictadura del partido. El 8 de marzo, no antes, se pronuncia el nuevo manifiesto y la divisa de «Tercera Revolución», con la finalidad de terminar lo comenzado en 1905 y continuado en febrero y octubre de 1917: «Los trabajadores y campesinos marchan adelante sin interrupción, dejando detrás de sí a la Asamblea Constituyente (febrero 1917), con su régimen burgués, y a la dictadura del partido comunista (octubre 1917), con su Cheka y su capitalismo de Estado, cuyo lazo corredizo rodea el cuello de las masas trabajadoras y amenaza con estrangularlas ... Aquí en Kronstadt se ha establecido la piedra fundamental de la tercera revolución, al eliminar las últimas cadenas de las masas trabajadoras y abrir un nuevo y amplio camino para la creatividad socialista».

Los ataques y bombardeos continuaron. El cañoneo no cesó en todos los días siguientes, pero la resistencia de los marineros impedía consumir el asalto a la ciudadela. Una y otra vez, los destacamentos terrestres que lo intentaban tenían que retirarse con graves pérdidas por ambos bandos. Sin embargo, el hambre empezó a hacer estragos en la ciudadela asediada. El Soviet decidió reducir la ración alimentaria hasta límites apenas sostenibles. El día 16 de marzo el cañoneo, que comenzó a las 2 de la tarde, duró hasta la caída de la noche. A las 3 de la mañana del día 7 comenzó el asalto final. El combate, cuerpo a cuerpo, continuó hasta las últimas horas del día 18. Las bajas fueron muy elevadas por ambas partes. Sin conocer el número real de muertos, se calcula que murieron más de 10.000 hombres entre ambos bandos, la mayor parte en los tres últimos días de la Insurrección.

Una vez dentro de la fortaleza la represión sobre los últimos defensores fue terrible. Incluso se utilizaron aviones para ametrallar a los que huían a pie, por el hielo, hacia Finlandia. Tanto Trostky como Zinoviev aprobaron el uso de la guerra química contra Kronstadt, con lanzamiento de proyectiles con gas mortal, aunque no hay constancia de que el plan se llevara finalmente a cabo.

Aquél día, 18 de marzo, significó el fin de Kronstadt y su Insurrección por la Tercera Revolución. Los periódicos gubernamentales de Petersburgo traían grandes titulares conmemorativos del cincuenta aniversario de la Comuna de París. Las bandas de música tocaban aires militares y el ejército rojo desfilaba por las calles cantando la «Internacional».

La Campana

semanario de información y pensamiento anarquista

Dossier
Número 2

25 de Marzo de
1.996